

## LA IDEA QUE DEL TRABAJO TIENEN NUESTROS

### BACHILLERES MAYORES

El presente estudio trata de dar con el concepto que del trabajo tienen nuestros alumnos mayores de bachillerato (sexto curso y Preuniversitario).

Presenta los resultados de una encuesta.

Dicha encuesta se mandó a los cuatro puntos cardinales de nuestra geografía. Casi las cinco mil hojas mandadas volvieron con sus nueve preguntas respondidas. Es tanto más de alabar cuanto que fue a principios de mayo cuando se envió el trabajo, época en la que los colegios desbordán de ocupaciones.

Con todo, mi trabajo ha tenido en cuenta 730 encuestas solamente, número suficiente, a juicio del señor Secadas, que me ha guiado en todo momento, para obtener resultados representativos de la opinión de nuestros alumnos, con todas las garantías científicas.

Convendrá que advierta que estas 730 encuestas vienen del este, del oeste, del norte y del mediodía. Advierto también que este trabajo tiene la frialdad de los números, pero compensa la ausencia de calor la exactitud de los datos aportados.

La *primera pregunta* del cuestionario apunta derechamente al concepto del trabajo. Se invita al alumno a que subraye una de cinco concepciones diferentes:

1.<sup>a</sup> Concepción utilitaria del trabajo: «El trabajo es una actividad que produce beneficios.» Sesenta y cinco alumnos subrayan esta idea, un 9 por 100.

2.<sup>a</sup> Concepción impersonal u objetiva del trabajo: «Actividad que transforma la materia prima en productos elaborados.» Cincuenta y cuatro alumnos tienen esta concepción del trabajo, un 6 por 100.

3.<sup>a</sup> Concepción social: «Actividad que contribuye a lograr los fines de la sociedad.» La mayoría de los alumnos consultados creen tener esta concepción del trabajo, 473, un 67 por 100.

4.<sup>a</sup> Concepción dolorosa y fatal: «Actividad que implica esfuerzo penoso e irremediable.» Pocos de nuestros jóvenes profesan esta idea del trabajo, 22, el 3 por 100.

5.<sup>a</sup> A la quinta concepción vamos a llamarla religiosa; pero no nos extrañe que el número de respuestas a favor sea escaso, porque con ellas se apunta a una concepción manca del trabajo: el trabajo es «un castigo de Dios». Noventa y siete alumnos afirman esto, es decir, el 14 por 100.

Si nos atuviéramos a esta sola pregunta de la encuesta, tendríamos lo siguiente: nuestros alumnos mayores de bachillerato profesan en un 67 por 100 una concepción del trabajo predominantemente social. Digo predominantemente, porque, como se habrá observado, unas concepciones no eliminan las otras. En un 14 por 100, estas concepciones son predominantemente religiosas (repito que es manca la concepción del trabajo que lo presenta como castigo de Dios). En un 9 por 100 son utilitarias; en un 6 por 100, impersonales u objetivas, y en un 3 por 100, dolorosas y fatales.

No me detengo más en estos porcentajes; voy a depurarlos con las respuestas siguientes.

Con la *segunda pregunta* se presentan al bachiller ocho profesiones diferentes: mecánico, profesor, ingeniero, médico, sacerdote, gobernante, periodista, labrador. Dichas profesiones no han sido escogidas al azar. Cada una de ellas es representativa de los diversos sectores de la sociedad en los que viven nuestros muchachos. El chico nos va a decir en qué orden realizan estas profesiones su concepción del trabajo. Va a poner el número 1 a la profesión más laboriosa; el número 2, a la siguiente, y así sucesivamente, hasta el número 8. Los fines y modos de estas profesiones son muy diversos: unos son religiosos (sacerdote); otros, vitales (médico), políticos (gobernante), precisos y tangibles (mecánico), decisivos y a largo plazo (profesor), etc.

Factores muy dispares van a ponerse en juego al colocar en orden de mejor realización de la idea de trabajo las ocho profesiones.

Los resultados de la segunda pregunta, así como los de la cuarta y sexta, se han valorado de la siguiente manera: la suma de los números que indican el puesto de orden de cada profesión se divide por el número de encuestas, obteniendo un cociente de tanto mayor valor cuanto menor es el valor absoluto de dicho cociente.

El resultado es el que sigue: el médico ocupa el primer puesto; el segundo, el sacerdote, seguido del gobernante. En la valoración de 1 a 8, respectivamente, tienen 3,26, 3,38 y 3,55 de cociente. Se da una interrupción de 64 centésimas entre la profesión de gobernante y la de labrador (4,19), seguida de la de profesor (4,40). La profesión de ingeniero, en esta carrera de la laboriosidad, tiene 59 centésimas de distancia de la de profesor, y pasa delante de la de mecánico por 41 centésimas. Al final, tal vez para hacer el reportaje de la carrera, viene el periodista, bastante distanciado de todos, con 6,75.

Es decir, que, según la pregunta número 2, la profesión más laboriosa es la de médico, y la menos, es la de periodista; quedando en la realización del concepto de trabajo ordenadas las demás profesiones en este orden: sacerdote, gobernante, labrador, profesor, ingeniero, mecánico.

Como vemos, el profesor ocupa un puesto poco eminente en la concepción que del trabajo tienen nuestros alumnos. ¿A quiénes tienen en la mente? ¿Al religioso educador o al simple profesor?

El periodista sale el último en esta y otras preguntas; y, adelantando resultados, podemos afirmar que es una profesión totalmente desconocida.

Entre las profesiones no se ha puesto la de estudiante. Para encontrar la idea profunda que del trabajo tienen nuestros bachilleres mayores, había que formular la *tercera pregunta*, preguntarles por el concepto que tienen de su trabajo: «Si tuvieras que añadir la profesión de estudiante a las ocho anteriores, ¿qué número le darías?»

En las respuestas no ha habido acuerdo. Ciento cuatro han pensado que su puesto es el tercero. En este caso, el estudiante seguiría al sacerdote y pasaría delante del gobernante, del labrador y, desde luego, del profesor, que es el quinto.

Ciento tres alumnos creen que el puesto del estudiante, en este orden de laboriosidad, es el último, el noveno. Casi otros tantos, 100, ponen al estudiante en el puesto cuarto. También éstos creen que su trabajo es más trabajo que el del profesor. Ochenta y seis y 83 piensan que, respectivamente, el orden es el sexto y el quinto. Para 68, la profesión de estudiante no tiene par: es la primera. Treinta y nueve sostienen que la segunda; y algunos, que la séptima u octava.

Las respuestas a la primera pregunta nos han dado como predominante una concepción social del trabajo entre nuestros bachilleres mayores.

Las respuestas a la segunda pregunta ponen en primer lugar la profesión de médico como la más laboriosa y la que mejor realiza la idea de trabajo, seguida de la de sacerdote; parece, pues, que también estamos viendo esta mayor atención al aspecto social de las profesiones y los trabajos.

Previendo estos resultados, había que formular la *cuarta pregunta*: «Enumera de más a menos las profesiones que a tu parecer son *más útiles* a la sociedad. El número 1 corresponderá a la más útil, y el 8, a la menos útil.» Y otra vez viene la lista de las profesiones de la segunda pregunta.

Aquí el sacerdote pasa a primer plano, con 1,89 de cociente. Se le considera como más útil a la sociedad que los siete restantes. Síguete el médico, 2,79. El gobernante conserva su puesto, con 2,93. El puesto cuarto es para el profesor, 4,09; el quinto, para el ingeniero, 4,85; el sexto, para el labrador, 5,65; el séptimo, para el mecánico, como en la clasificación anterior, 6,58, y el último también, como en la clasificación primera, para el periodista, aquí con 7,04.

A la vista salta que en la concepción social que del trabajo tienen estos muchachos, el valor religioso ocupa el primer plano, y los valores espirituales trascendentes son los primeros; vitales, políticos, culturales (médico, gobernante, profesor).

La *quinta pregunta* reza: «¿Cómo podría ayudar mejor un estudiante a su padre y a su familia?» Responden «estudiando» 371, lo que representa el 52 por 100. Es una respuesta correcta, máxima en el medio en que se ha hecho la encuesta.

Doscientos ochenta y tres responden: «Estudiando y luego colocándose en las horas libres.» Representan el 40 por 100.

Sólo 39, 12 y 5, o sea el 5, el 1,7 y el 0,7 por 100, responden, respectivamente: «Ayudando al padre en sus tareas», «Dando clases particulares, incluso con detrimento de los estudios propios», «Colocándose».

La *sexta pregunta* apunta: «Enumera de más a menos las profesiones que a tu parecer favorecen más la vida espiritual.» Repito aquí la lista de las ocho profesiones.

Vuelve a aparecer el sacerdote con el puesto número 1, esta vez con mejor puntuación aún, 1,16 de cociente. Pero se ha notado una anomalía. Las posiciones frente al sacerdote son extremas. La inmensa mayoría le ponen el número 1, pero existen unos pocos que le colocan en el último lugar. No hay para él puestos intermedios. ¿Qué interpretaciones se pueden dar a la actitud de los que le colocan en el lugar octavo? ¿Anticlericalismo en ciernes? El profesor ocupa el número 2, pero ya con 3,16. No podemos decir hasta qué punto el profesor que aquí manejan nuestros alumnos es o no es el religioso educador. Viene a continuación el médico, 3,41, lo que nos permite asegurar que la vida espiritual que aquí enjuician nuestros alumnos está abierta al prójimo; que piensan que una fuente de enriquecimiento espiritual es la actividad social al servicio de los demás. La misión del gobernante, es misión de servicio, viene la cuarta, con 3,85. Sigue el periodista, 5,36; el ingeniero, 5,72; el labrador, 5,97, y el mecánico, 6,73.

Que este acento social que venimos advirtiendo en el concepto que del trabajo tienen nuestros alumnos bachilleres superiores no es socialista lo dice claro la espiritualidad que también venimos subrayando.

Pero, ¿no se dará en tal concepción cierto perdimiento de la persona dentro de la colectividad?

Con una pregunta, la *séptima*, se ha apuntado a este dato personal y humano del trabajo: «Señala con una cruz las profesiones que a tu parecer tienen un horario de trabajo humano y cristiano, y con una raya, cuando suceda lo contrario.» He vuelto a poner las ocho profesiones de las otras veces. Todas han tenido cruces y rayas, como todo en la vida tiene su cruz y su raya; pero en dos han predominado las rayas sobre las cruces, es decir, que los muchachos piensan que estas dos profesiones tienen un ritmo de trabajo que no es cristiano ni es humano, que es excesivo. Y estas dos profesiones son la de labrador, que tiene 390 rayas, contra 217 cruces, es decir, 173 rayas limpias, sin el contrapeso de ninguna cruz; y la de médico, que lleva 141 rayas en el balance de rayas y cruces.

Saliendo de los horarios menos cristianos y menos humanos a los ya humanos y cristianos, en el tercer puesto está el sacerdote, con 37 cruces a favor del horario humano y cristiano. El gobernan-

te tiene 87 cruces; tres más el periodista, 90. Y ahora damos un salto al mecánico, que lleva 323 cruces, y al profesor, con 401, para terminar con el ingeniero, que lleva en este reparto 431 cruces, el que más.

Estos datos nos están diciendo que la idea de la utilidad para la sociedad no ahoga la idea del valor de la persona, para la que parecen inhumanos y anticristianos horarios como los del ingeniero, el mecánico, el periodista, a un 14, a un 23 y a un 42 por 100 de nuestros alumnos, respectivamente.

Tal vez nos dicen también estos datos que el concepto de trabajo que tienen nuestros muchachos bachilleres tiene un fallo, en cuanto que valora con exceso el papel de la comodidad como ingrediente de la persona, del desarrollo y humanismo de la persona.

Cabe preguntar a qué llaman «humano» nuestros muchachos. A la vista de los resultados, parece ser que llaman humano al trabajo ordenado en cuanto al tiempo. Los trabajos de horario fijo así les parecen. En este aspecto salen mejor parados el ingeniero, el profesor y el mecánico, siguiéndoles los demás en este orden: periodista, gobernante, sacerdote, médico y labrador.

En la *octava pregunta*: «Presenta una opinión breve sobre tu horario de trabajo», tenemos los resultados que siguen:

Doce responden que el estudio que tienen es poco intenso, y acaso el tiempo de clase. Nos da un porcentaje muy bajo, 1,6 por 100.

Ciento sesenta y ocho contestan que su horario y su trabajo son razonables y están satisfechos de los mismos. Representan un 22,8 por 100, que tal vez sea un resultado optimista para muchos. Parece coincidir con el porcentaje de muchachos de inteligencia más que mediana.

Ciento cincuenta y cinco tildan de desequilibrado el horario de estudio, ya sea porque prefieren tener clase por la mañana solamente, ya porque de ordinario se les deja poco tiempo para estudiar lo explicado. Bastantes, en este punto, invocan el uso de las naciones, a su parecer, adelantadas: Alemania, Inglaterra, Estados Unidos. Los hay que prefieren Ciencias por la mañana, invocando que las Letras son más fáciles de estudiar. Se quejan otros de que el plan de estudios no forma. Uno sintetiza esta queja en la frase conocida: «Bueno para aprobar, malo para formar.» Estas 155 quejas moderadas representan el 21 por 100.

Ciento noventa y cinco son más duros en sus enjuiciamientos.

Tratan su horario de trabajo de «agotador e inhumano». Representan el 26,8 por 100. Son frases de este grupo las siguientes: «En España, los estudios son una salvajada», «Ensayan planes tomándolos por conejillos de Indias», «Los días festivos tenemos más tareas que nunca», «Sumando mis horas de trabajo, llego a quince horas diarias», «Un profesor comprensivo nos dice que el estudiante es el trabajador que paga y no cobra». Hay uno que acusa de esta forma: «El horario de los estudiantes es el que les viene bien a los profesores.»

He puesto 216 en la casilla de los que no contestan. De ellos los hay que no ponen nada: son los menos; otros se dedican a fabricar el horario que creen más eficaz o razonable. Y hasta los hay que aprovechan para poner su nota de humor. Todos éstos, humoristas, organizadores de horarios más o menos peregrinos y los silenciarios, representan el 29,4 por 100.

Dice la *pregunta novena*: «Las preguntas anteriores no agotan todas tus preocupaciones por *el trabajo*. Puedes con toda libertad expresarlas en el espacio que sigue.» Les da ocasión a los muchachos de expresarse libremente, sin raíles fijos, con lo que se confirman, salvo muy raras excepciones, las ideas expuestas a través de las otras respuestas.

He entresacado una serie de ellas en las cuales insisten con mayor frecuencia: Hablan contra las carreras que tienen colocación aun antes de terminarse y que luego no se ejercen en beneficio de la sociedad. Acusan, a veces en términos muy duros, las injusticias de la sociedad. Estas injusticias las refieren, o bien a salarios insuficientes, o bien a la desproporción entre los salarios de unas y otras profesiones. Estimulan al trabajo en pro del mejoramiento de la sociedad en que vivimos o en la que vivirán sus hijos.

Para otros existe la falta de rendimiento físico o intelectual. Y hasta se le da el carácter de lacra nacional.

Añaden otros que debe haber más práctica y menos teoría en nuestros estudios; más especialización en los mismos. Que la sociedad pone obstáculos a la vocación profesional de los individuos. Que se les forme mejor para la elección de carrera. Condenan a los que no trabajan por tener abundancia de riquezas. Dicen que el excesivo trabajo lleva al materialismo.

GABRIEL CLAUDIO, F.S.C.